

EL DUENDE MIRON

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 73-74-75 Y 76, Volumen XX
Primero y segundo semestres de 1962*

(Cuento)

No se recuerda bien el nombre de la ciudad en donde se relata lo que se describe en este cuentecillo.

Vivía en ella hace muchos años, un matrimonio por demás feliz, ya que no carecían de los modestos bienes de fortuna que proporciona el trabajo honrado, y porque el afecto que entre los padres había era tal, que bien podría tenerse por perfecto. Pródiga la buena suerte les había deparado siete hijos.

Habían recibido en esa casa, para el servicio, una vieja que se encargó de la cocina. Era de aquellos seres que están colocados entre lo real y lo fantástico, haciendo recordar las historias de las brujas con que se espantan a los niños cuando no quieren dormirse. Pero engañaba su presencia un tanto, pues la tal vieja era buena hasta donde puede concebirse la bondad en un ser de esta naturaleza.

Hay seres que la vida envenena con los maltratos sucesivos que recibe. Todavía le quedaba cariño, lo daba a los niños todos y los distraía cuando era necesario.

Era flaca y alta, nariguda, nariz que soportaba unas antiparras enormes, apoyadas en la punta, surcándole la cara una cantidad de arrugas tal, que ninguno de los niños grandes habían logrado cortárselas. Había sufrido tanto como vivido; parecía que cada sufrimiento y cada dolor se hubiera grabado en cada una de sus múltiples arrugas. Sus ojos eran pequeñitos, dándole un aspecto de

vivacidad y picardía que podía suponerse era lo único que le restaba de su lejana juventud. Usaba unas pantuflas verdes de las que le sobraba una buena parte de la punta, la que se le doblaba hacia arriba. Sus dedos huesudos y largos, llenos de nudillos, sabían de los condimentos de la cocina, también servíanle para accionar cuando era necesario hacer aparecer el miedo. No tenía ya dientes, sólo restaban en esa boca consumida, de labios delgados, los colmillos y unas pocas muelas, de modo que aparecía el hueco de una ventana en donde solamente quedaran dos balaústres. Sostenía seguidamente sobre sus pocos cabellos muy blancos, y a guisa de abrigo, un gorro de paño rojo en forma de cucurucho, que, con los enormes anteojos que obligaba a sostener a su larga nariz, completaban la magra figura clásica de la primera persona de aquella cocina.

Apesar de la apariencia de nuestra vieja, los niños no le temían, al contrario, la querían, porque sabían consentirlos con buñuelos o frutas cuando el hambre los obligaba a acercarse a la cocina diciéndole que la iban a visitar, y porque cuando le pedían, ella les contaba cuentos.

La llamaban cariñosamente "Cus Cus", no disgustándole tal apodo. Pendiente del cuello siempre llevaba un cordón que aseguraba una especie de medalla o moneda tosca que la vieja frotaba en ciertos momentos con los dedos. A las preguntas indiscretas de los niños nunca dijo qué era ni por qué hacía aquello. Tampoco se acostaba con luz, pero tenía varias velas de sebo de diversos tamaños que prendía a altas horas de la noche. Cosa rara! Y aunque sabedores todos en la casa de sus costumbres, nunca se preocuparon ni le dieron importancia. Su buen servicio disimulaba todo.

Se deslizaba la vida en compañía de la buena vieja y sus manías en una tranquilidad tan completa, que sólo por las sanas costumbres de aquel hogar sin malicia, podía ser siempre igual.

De noche, con alguna frecuencia, se oían ruidos extraños que llegaban a despertar en veces a los niños; ruidos que el padre achacaba a los ratones o a los gatos, animales estos que siempre han soportado la culpa de estos bochinchos cuando no se encuentra la razón.

Cariñosamente la madre acostaba muy temprano a los cuatro menorcitos, haciéndoles rezar las oraciones de costumbre.

Pero sucedía que Ronoel la mayorcita, Lida la segunda y Jakino, el menor de los tres, ya fuera por la edad o por aquella dulce curiosidad de experimentar la sensación del terror o el miedo, no se costaban a la misma hora, sino que iban a buscar a la vieja que les contara cuentos de los miles que sabía.

La vieja, en posesión de la voluntad de los tres hermanos y sabía en contar cuentos -muchos de ellos inventados en tales momentos- o los conducía a la cocina, a su acomodo, y distraía los una o dos horas haciéndoles pasar por la imaginación estos tres seres en botón, la policromía de sus invenciones la riqueza mágica de sus hechizos.

"Cus-Cus", -decía le la mayor- cuéntanos unos cuentos como los que nos contaste el jueves; hoy es sábado y podemos dormir hasta más tarde mañana. Jakino quiere que le cuentes el último, aquél que nos hizo dar tanto miedo, ¿Redas?

Ya en la cocina, decía les la vieja: -Mucho juicio y mucha atención, cuidado con dormirse, porque me toca, como el es, llevarlos alzados hasta sus camas--

Nuestra vieja cogía su tocoso y pequeño asiento sin espaldar, sobre el cual quedaba la pobre con los codos sobre las rodillas, demostrando fácilmente ya lo largo de sus piernas lo pequeño de su asiento.

Arrellanábale delante de un horno medio destruido en el cual se recostaba, quedándole junto la boca de éste, en la que dejaba generalmente su tabaco.

Los tres niños se sentaban en el suelo, contra la pared las dos mayores, y en medio, hacia adelante, el menor, cogiéndole la mano a cada una de sus hermanitas.

Sobre el poyo del horno ponía la vieja un candil, de que su luz mortecina alargaba las sombras y distribuía en torno a aquel grupo una penumbra propicia a esta clase de cuentos y fantasmagorías.

Cuando la vieja hallábase de buen humor, solía alargar sus historias a su manera, graduando su interés de acuerdo sueño o desvelo que en su mínimo auditorio produjeran sus relatos. Así también mutilaba o comprimía sus cuentos su genio no estaba de acuerdo con el ánimo que en los niños pudiera adivinar.

Hay cosas que el hombre busca desde su más tierna edad, seguramente para que se le aligere el alma, aunque ellas lo maltraten más: ellas son las sensaciones que han de embargar a un tiempo todos nuestros sentidos.

Estos niños experimentaban un placer grande con todos los preparativos de la vieja y la penumbra que dominaba la cocina, sintiéndose muchas veces personajes de los cuentos que la vieja relataba.

Con este cuadro, esta escena, y la vieja en esta posición y convertidas en sólo oídos estas tres criaturas, oían de los labios mustios de Cus-Cus las más raras y estrafalarias aventuras mezcladas con los más dulces pasajes del amor y la hidalguía.

Con la mandíbula apoyada en la mano izquierda estiraba el largo índice de su diestra, como anticipando una sentencia, y principiaba:

"El cuento de esta noche es muy bonito, no es largo y tiene cosas feas, no se asusten ... termina muy bonito".

Cuentan -principio Cus-Cus- que hace muchos, pero muchísimos años, que en el reino de Kilbarán fundaron una ciudad a la orilla del río Damagnale, que cruzaba el único desierto que había en la región.

Cuentan también que a ella diéronle el nombre del mismo reino, y agregan que este apelativo se lo dieron al citado reino porque así se llamaba el primer rey de la dinastía imperante en los tiempos de la fundación que yo les estoy contando; y de oídas lo tenían por seguro, que el tal país quedaba al norte y no como en todos los cuentos, al oriente.

Viejas y viejos hubo que decían icosa rara! que su clima no era frío, sino muy al contrario, ardiente y abrasador.

Como la ciudad la fundaron en la ribera del mentado río, no requería más que un camino que sirviera, por tierra, de entrada y salida a la vez de todas sus mercaderías, ya que por su río se comunicaba con todos los reinos del mundo.

Muy reducida fue en sus principios Bilabarán, pero su río traía -como el Eufrates, el Tigris o el Nilo en las regiones de oriente- un sin número de gentes y artículos heterogéneos de comercio, que bien pronto produjeron frutos magníficos en la nueva ciudad.

Toda clase de embarcaciones se veían en el puerto; bajeles como los de oriente llegaban plenos de frutas; piraguas, barbos del norte y del sur, de oriente y occidente, juncos chinos y galeras del Egipto bullían en las orillas trayendo elementos de todas clases; mercancías, marfiles, joyas, tapetes finamente tejidos, riquezas de Arabia, y eran tantas las gentes que a la vez se confundían todas las lenguas que por entonces existían. Estaba destinada a ser, con los años, una gran ciudad y competir con Tetuán y con El Cairo, con Damasco, Babilonia y Nínive.

Próspera la ciudad que les cuento, el buen príncipe Zakid, biznieto del rey Kilabarán II (que también era biznieto del primer Kilabarán), quiso hacer un maravilloso palacio para él y su corte, algo que no se hubiera visto hasta entonces; mejor que el palacio de Cala en los tiempos de Asurbanipal.

Mandó a sus ministros construir los planos en tal forma que no hubiera semejanza alguna hasta ese día en el mundo, y como cosa especial, que para solaz y distracción de todos, se escogiera el mejor sitio en él, en donde pudieran reunirse todos los genios y hadas conocidos para que pudieran guiarle en su maravilloso gobierno.

Dióles de plazo para el proyecto diez años, durante los cuales deberían viajar a pueblos distantes para estudiar y conocer ciudades y países.

Y si no hay hoy quién las historias de este pueblo esplendoroso relate, no es precisamente porque no hayan quedado gigantescos monumentos, sino porque se han olvidado sus leyendas famosas, enterradas en sus inmensos arenales, hoy llenos de bosques y flores.

Quiso la suerte que un día ya tarde, en que hacía un calor abrasador, y un tanto lejos de la ciudad, viniera hacia ella por el camino polvoriento un muchacho que no pasaba de los diez años, armado de un instrumento que se componía de dos cauchos largos unidos por un pedazo de cuero, con el cual disparaba piedras a todos los pájaros que encontraba a su paso, con tal tino y precisión que todos los mataba. Cuando cansábase de tan perverso entretenimiento, se subía a los árboles a coger nidos y frutas, quitando así la vivienda y alimento a todo pajarito que había en los bosques vecinos; o bien se distraía colgándose de las ramas de los arbustos y arbolitos, destruyendo de esta manera los pequeños y dañando los grandes. Parecía que llevara el diablo en el cuerpo.

Distracción tan peregrina no se había visto en Kilabarán, pues aunque pequeña la ciudad, ya tenía escuelas en donde se enseñaban mil cosas buenas a los niños y entre ellas, ser buenos con los animales, defender y cuidar los árboles que de tanto nos sirven y tanto nos benefician en la vida, cultivar las flores que nos dan alegría a la vista al espíritu, y también enseñaban en las escuelas mucha historia, muchos números y lectura y escritura que producen sabios, que tanto necesitaban en la nueva ciudad.

Parecía que el tal muchacho no fuera de Kilabarán, por sus locuras, mucho más cuando hacia la ciudad venía.

Acertó a pasar, de súbito, en dirección contraria, una vieja bajita y encorvada, de ojos pequeñitos que casi no se le veían y con una nariz roja y aguileña. Vestía de harapos, como calzado sólo tenía unas especies de babuchas y apoyábase en una vara que, cosa rara, a veces veíasele larga, como otras demasiado corta, y cuando así se reducía brillaba de manera especial.

Era el Hada de los Bosques que solía presentarse a los hombres de diferentes maneras para que así no la conocieran.

Un terrible escalofrío estremeció todos los miembros del muchacho, estando a punto de caer al suelo.

Hizo parar al rapaz en su labor destructora y díjole airada: ¡Desdichado! ¿No ves que si destruyes los árboles no tendrás leña en tu casa? ¿Que tu biberón no se hubiera calentado sin el árbol? ¿Que tus juguetes él también los dá? ¿Que tu casa se apoya en madera que la dá el árbol? y dándole reprimenda extraordinaria. "Maldito -díjole-- sufrirás en tu carne lo mismo que estás haciendo con los árboles y los nidos", y propinándole un golpe con la vara mágica quedó convertido en árbol plantado en el mismo sitio en que se hallaba.

La vieja siguió acelante .. , con la misma lentitud e indolencia con que había negado.

Este árbol, con los años, creció, creció mucho. Fue mil veces- vivienda de pájaros y aves de todas clases y de múltiples colores. Por las noches dábanse cita en sus ramas inmensas, enjambres de duendes y huracanes de brujas que con sus revoloteos sobre sus escobas, volvían medroso el lugar. Cometiéronse aquí crímenes que quedaron ocultos, deambulando en su rededor espectros y fantasmas en las noches de luna, que ahuyentaban a los leñadores que atrevíanse a herir con el hucha el tronco para derribar aquel árbol enorme. Decían que el diablo andaba por allí, si no era que ahí vivía.

En este momento, dio lo casualidad de que del horno salió con tal rapidez el gato tras un ratón, que al pasar botó el tabaco que Cus-Cus tenía en el poyo del horno, produciendo tal cantidad de chispas al caer, que los niños le arrebujaaron asustados junto a la vieja, llenos de terror, actitud que Cus-Cus aprovechó para darle mejor sabor a su relato, pero con tan mala suerte para los niños, que apagóse el candil. -¡Zape! dijo la vieja y los niños se agarraron, casi se colgaron de las enaguas de Cus-Cus, mientras ella, lentamente, casi a tientas, sin más luz que un rayo de luna que entraba por la claraboya, iba hasta el fogón, a buscar la forma de prender nuevamente su candil con la llama de un tizón. Agazapados los niños contra las piernas de la vieja, de nuevo continuó ésta:

Durante el día servía este árbol de sombrío a los muchos viandantes que traficaban por la ciudad. Aquí descansaban, en las horas más duras del sol, los camellos con preciosas y ricas cargas. Oíanse ruidos y murmullos en las noches de verano, que alejaban afanosos a los caminantes que llegaban retardados a la ciudad en construcción, haciéndoles acelerar su viaje. Nadie sabía que ahí se daban cita personajes de leyenda que la gente convertía en espantos y visiones.

Era a la hora en que el sol va alargando lentamente las figuras en las sombras, cuando en tropel y algarabía, y en ese ambiente de penumbra, reuníanse con frecuencia aquellos seres tan conocidos de ustedes desde muy chiquitos. ¡Cosa rara! Formaban alboroto *El Gato con Botas*, *Pedro Urdimalas*, *Blanca Nieves*, *Pulgarcito*, *El Ratón Pérez*, *La Cenicienta*, *Alí Babá*, *Barba Azul*, *Aladino*, *Caperucita Roja* y tántos otros, que en el bullicio no se sabía cuál era el que hablaba ni qué lo que decía.

Cus-Cus movía los brazos ante los niños para mostrarles los sitios en que se iban colocando estos personajes, como si se hallaran en la cocina y los niños seguían todos sus movimientos como hipnotizados.

El Gato muy estroepado - continuaba la vieja - y de seguro ya cansado con sus botas, las llevaba en la mano, arrastrándolas, y sentándose sobre ellas formaba rueda con los demás; Pulgarcito no se veía entre tanta gente y más por haberse sentado junto a Barba Azul, el cual se acariciaba la barba con la mano izquierda y con la otra tocaba la cacha del cuchillo que llevaba en la cintura. Urdimalas estaba haraposo, no le quedaba sino una parte de su vestido y, rapido. Los demás tenían sus trajes nuevos. Parecía que no hubieran sufrido después que dejamos de verlos.

A todos les ha pasado algo, que otra noche les contaré. Aladino no supo guardar su tesoro lo bien que debía. El Gato abusó de la virtud de sus botas. De pulgarcito y Urdimalas ..pobrecitos i ...

Todos estos personajes de tántos cuentos ya conocidos, salían siempre con la misión de regresar y relatar en nueva reunión sus últimas aventuras.

Con la invasión de brujas y duendes a este lugar, se desbandó el grupo, iniciando éstas sus bailes al són de sus chillidos y al compás de sus escobas.

Cumplido ya el término para entregar los planos, regresaban los ministros con su encargo trayendo muchas ideas de los tántos países visitados, según la orden del rey.

Por este camino pasaba ya tarde del día el Ministro Kasiv, y viendo el árbol tan hermoso que conocemos, y observando la escena descrita y el lugar tan bello, lleno de arbustos, flores, árboles, bejucos floridos y plantas que crecían alrededor del árbol inmenso, pensó en construir el palacio en contorno de aquél. Pero pensó también que tal palacio sólo podría ser construido con ayuda de las Hadas.

Díjole al rey sus intenciones y las aprobó el monarca, cautivándole tal idea.

-Lo que hicieron en este lugar, hijitos, es de contarlo, pero no se vayan a dormir, decíales la vieja.

Los niños seguían con atención inenarrable todos los movimientos de Cus-Cus, en extraordinaria expectativa, como si presumieran algo que pudiera suceder.

El Hada de la Fortuna -siguió Cus-Cus- a un golpe de su varita mágica, construyó el edificio, quedando, rodeado de nubes y de luces de colores: el Hada de los Bosque, con sucesivos golpe, de su varita, fue haciendo todos los detalles interiores que debían decorar palacio nunca visto.

Era un castillo de cristal con incrustaciones de concha y oro: espejos enormes eran las paredes exteriores, sobre los cuales se relataba el sol encandilando los ojos de los que lo admiraban, y las paredes interiores eran transparentes; enormes alfombras sobre pisos de vidrios de colores no daban ruido; lámparas de oro con mil luces cada una, encerradas en tubos de esmeraldas y rubíes, daban una luz seductora y fascinante.

Sobre las paredes millones de piedras preciosas reproducían las luces que llegaban de las lámparas; y en los enormes salones, jardines de miles de flores de formas y colores diferentes, como campanas de cristal, producían milsonidos diferentes con la brisa, que semejabán tenues orquestas, produciendo perfumes de fragancia orientales.

Las sedas en los muebles brillaban con lustres tornasoles que incitaban a usarlos.

Perfumes, músicas y luces cautivaban a los que entraban al maravilloso palacio. Millones de pájaros cantores de variados colores y doradas plumas, trinaban de continuo entre el ramaje de este árbol majestuoso que prodigábase al palacio la frescura sin igual de sus frondas.

Genios invisibles servían los manjares en bandejas y platos de oro y plata y en enormes conchas; todos los vinos y licores los traían en vasos de metales preciosos enanos y gnomos que desaparecían en cuanto se habían servido lo que portaban.

Con tal rapidez fue construido este palacio, como que en ello habían intervenido, como ya les dije, hadas, genios y magos, que en un momento quedó terminado, yéndose el rey y su corte a vivir allí también con sus ministros.

Pasaron muchos años; la ciudad estaba terminada y vivían felices todos sus habitantes. Nada les hacía falta.

Los genios, las hadas y los magos, así como también las brujas, llegaban por las noches a completar lo que su imaginación no había hecho todavía. Dejábanle al rey sus buenos consejos por escrito, de tal suerte que todos los actos de su gobierno fueron admirables, granjeándose el cariño de todos sus súbditos.

Pero cierto día pasó por ese mismo lugar el Hada de los Bosques, la misma vieja, y acordándose del muchacho que convirtió en árbol siglos atrás, resolvió terminar con el castigo, aprovechando todo en beneficio de la humanidad, y con su varita mágica tocó el árbol, apareciendo un pequeño duendecillo de figura ridícula, de cabeza deforme, sus piernas demasiado delgadas y curvas, calzaba babuchas puntiagudas, ojos y boca grandes, del mismo modo sus brazos y sus dientes eran largos, siendo su conjunto tan estrafalario que hacía reír. No tenía pelo su cabeza y la cubría con un trapo de colorines atado atrás. De la misma manera que este extraño personaje hacía reír, él reía mucho. Nervioso e inquieto, esta figurilla debía tener de ahí en adelante una misión extraordinaria y difícil, pero provechosa.

Te llamarán "Mirón" díjole la vieja y tu encargo será, como lo dice tu nombre, mirar todo, y todas las picardías y travesuras las habrás de descubrir y revelar. Estarás en todas partes a un mismo tiempo, tendrás la virtud de hacerte invisible a tu voluntad cuando sea necesario y así la humanidad ignorará tus delaciones. En recuerdo y castigo de tus antiguas pillerías tendrás eternamente esta misión. Serás odiado de todos si te dejas conocer. Morirás en el instante en que llegues a incumplir esta misión. Vete a recorrer el mundo ¡Tocó la vieja con su varita al muñeco contrahecho... y desapareció sin saber el rumbo que había de tomar ...

- La mecha del candil se reducía, el sebo que contenía el tiesto llegaba a su fin, su luz agonizaba, y los niños cabeceaban dominados por el sueño .

De entonces para acá -decía Cus Cus- "Mirón" anda en todas patres. Este duende es quien delata a los niños cuando cometen picardías; avisa al guardia de los daños que hacen los jardines, y cuando rayan las paredes, o lo hala del saco para que vea los robos que cometen los pícaros; lo hace volver la vista para impedir que muchos maten los pajaritos con ese instrumento de caucho y cuero, tan conocido. De entonces a hoy, viene el castizo de los papás, los castigos en la escuela cuando se sustraen los lápices, se copian las tareas y lecciones, y cuándo...

En este momento la vieja advirtió que los niños se le habían dormido, posiblemente soñando con las hadas, los genios y tal vez con las brujas. . . y Cus Cus, como casi todas las noches, principió a llevarlos a sus camas.

FIN

